

TOYOFUMI
OGURA

CARTAS DESDE EL FIN
DEL MUNDO

POR UN SUPERVIVIENTE
DE HIROSHIMA



Índice

[Portada](#)

[Prólogo, Kotaro Takamura](#)

[Prefacio](#)

[Carta 1. Un escenario de nubes y luz](#)

[Carta 2. La onda expansiva y la ola de calor](#)

[Carta 3. La bomba atómica](#)

[Carta 4. La ciudad arrasada por el fuego](#)

[Carta 5. Amor de madre](#)

[Carta 6. La búsqueda](#)

[Carta 7. El encuentro](#)

[Carta 8. El 8 de agosto](#)

[Carta 9. El hipocentro](#)

[Carta 10. El fin de la «capital militar](#)

[Carta 11. La enfermedad por radiación](#)

[Carta 12. El miedo que nos ha quedado](#)

[Carta 13. El pensador](#)

[Epílogo. La Hiroshima actual \[1982\] y la de la época de la bomba atómica](#)

[Comentario: «Pika-don», Kaneto Shindo](#)

[Mapas](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

PRÓLOGO

Quando acabé de leer las Cartas desde el fin del mundo de Toyofumi Ogura a la luz de una lamparita de gas, me sentía como si el cerebro se me hubiera chamuscado, y el hecho mismo de vivir en esta cabaña tan tranquila en medio de la montaña me parecía una ensoñación. A la noche siguiente lo volví a leer, y todavía lo releí una vez más. La verdad de esta crónica, escrita con el corazón y rebosante de sentimientos reales, me sacudió el alma. Con un estilo muy sencillo, el autor va dejando constancia, desde el principio y una tras otra, de sus propias experiencias. El horror me estremeció profundamente al entender que lo que él creía la explosión de un polvorín había sido una aniquilación por bomba atómica sin precedentes en el mundo entero. No podía dejar de leer lo que va escribiendo a su mujer, víctima de la bomba. Si la muerte cruel de tantas personas no ayuda a alumbrar el camino hacia una humanidad pacífica, ¿para qué servirá? Cualquier político o militar que leyera esta crónica perdería las ganas de hacer la guerra. Si en adelante no se acaba al menos la llamada guerra fría, la muerte de tantos japoneses habrá resultado inútil. Ojalá que este sea un libro muy leído y que dé que pensar a la gente en todo el mundo.

KÔTARÔ TAKAMURA^[1]

Febrero de 1949

PREFACIO

Este libro contiene mis notas sobre la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Pero su forma —como cartas a mi difunta esposa— es extremadamente privada. Me gustaría escribir unas palabras al respecto.

No hace falta decir que la bomba de Hiroshima fue un suceso histórico gravísimo y sin precedentes. Como superviviente casual de aquella catástrofe, pensaba que la crónica de aquellos hechos tendría que hacerse pública tan pronto como fuera posible, para que el tiempo no erosionara el recuerdo de la realidad. Pero no apareció nada al cabo de un año, ni siquiera al cabo de dos. Poco después de entrar en el tercer año después de la bomba, el señor Yoshirō Sawamoto, presidente de la editorial Chūō-sha, me sugirió que redactara mi experiencia personal. Pero me resultaba absolutamente imposible en aquel momento: era profesor en la universidad de la ciudad que había sido destruida y tenía que dedicar mis esfuerzos a restablecer la enseñanza, pues era la única persona del departamento que había sobrevivido y podía trabajar.

No obstante, justo después de la catástrofe me sentí poseído por la sensación de tener que informar a mi mujer, víctima de la bomba, de los hechos posteriores a su muerte, aun sin saber absolutamente nada del arma nuclear ni de la enfermedad causada por las radiaciones. Durante aproximadamente un año logré robar algo de tiempo para

escribir a escondidas, en los cuadernos que tenía a mano, unas notas en forma de cartas, con la franqueza propia de una conversación entre marido y mujer. En respuesta a la solicitud del señor Sawamoto releí mis notas y pensé que, con algunos retoques, se podían convertir en las «memorias» requeridas. Así, después de eliminar tan solo las partes demasiado personales y de volver a examinar los hechos a través de los periódicos de la época y otras fuentes, preparé un manuscrito con el título de *Cartas a mi difunta esposa. Notas sobre la bomba atómica de Hiroshima*, sin retocar frase alguna, manteniendo el estilo epistolar y dejando como cartas lo que deberían haber sido capítulos, y se lo envié al señor Sawamoto. El estilo que el señor Takamura define en su prólogo como «muy sencillito» se debe, por supuesto, a mi falta de talento literario, pero también en parte a esa prisa.

El señor Sawamoto llevó el manuscrito al cuartel general de las Fuerzas Aliadas para que pasara la censura, lo cual, al parecer, le costó mucho trabajo, pero a finales de noviembre de 1948 se publicó sin grandes modificaciones con el título de *Memorias de un final*, dejando como subtítulo el que yo le había puesto a mi manuscrito.^[2] La edición original se reeditó unas seis o siete veces en solo medio año, tal vez porque se trataba del primer relato de experiencias personales sobre la bomba atómica. Dicen que también la leyeron muchos japoneses en Hawai y Sudamérica. Nunca olvidaré la frase «Printed in Occupied Japan» que se imprimía en las dos caras de las ediciones destinadas a la exportación.

La presente es una edición revisada y aumentada de la original, casi treinta y siete años después de la catástrofe. La bomba atómica de 1945, vista desde la actualidad, puede parecer un juego de niños. Además, cabe dudar del valor que hoy en día puedan tener las memorias de un hom-

bre de letras, ignorante en química y bajo la restricción informativa de la época de la derrota. Sin embargo, es igualmente cierto que, en cualquier período de la historia, las administraciones internas o externas han limitado la información a la que los ciudadanos tienen acceso, y que Hiroshima y Nagasaki son las únicas ciudades del mundo arrasadas al instante por sendas bombas atómicas. Es por ello por lo que creo que valía la pena reeditar este libro.

Tal vez el mapa y los topónimos que aparecen al final desconcierten al lector en más de una ocasión, ya que son de hace treinta y siete años. Por este motivo, en el epílogo he descrito a grandes rasgos, de forma comparativa, la ciudad de Hiroshima de hoy y la de entonces. Siempre que ha sido posible he utilizado los nombres de personas reales.

Por último, el prólogo que Kōtarō Takamura me envió después de haber leído el ejemplar de la primera edición que le regalé como muestra de respeto adorna el principio del libro desde su tercera edición. El dibujo de la «Cúpula de la Bomba Atómica» de Junkichi Mukai fue un regalo del señor Sawamoto para la cubierta de la primera edición.[\[3\]](#)

TOYOFUMI OGURA
Mayo de 1982



Última fotografía en la que puede verse a la familia Ogura al completo. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Toyofumi, 45 años; Kinji, 7; Fumiyo, 36; Keiichi, 9; y Kazu-go, 11 (primavera de 1945).

Carta 1

UN ESCENARIO DE NUBES Y LUZ

—Pensé que había destellado un relámpago enorme. Entonces perdí el conocimiento. Estaba delante de los almacenes Fukuya...

Fumiyo:

Eso era lo que decías entrecortadamente cuando por fin te encontré, todavía viva, el 7 de agosto por la noche. La mañana del 6 de agosto, cuando estabas delante de Fukuya, en Hatchōbori, yo me encontraba por casualidad cerca de Mukainada, caminando en dirección a Hiroshima.

Era una mañana despejada, típica de Hiroshima, húmeda y sin viento. Los rayos de sol de pleno verano inundaban el cielo, como queriéndolo desbordar. Aquel cielo profundo, de un azul intenso aunque con una ligera neblina, brillaba tanto que molestaba a la vista. No habría pasado una hora, ni treinta minutos, desde que se había levantado la alerta. Caminaba distraído por el asfalto seco y polvoriento.

Al llegar a donde empieza el puente de Shin'ozu, me detuve un momento y contemplé el brillo de las olas en alta mar. En ese mismo instante noté un destello de luz blanca azulada, como el que produce la ignición del polvo de magnesio, y un fulgor inundó el cielo a mi derecha, encima de Hiroshima. Instintivamente me tiré al suelo boca abajo.

Contuve el aliento un momento, pero en seguida levanté la cabeza para mirar a la ciudad. Al oeste, en el cielo que acababa de ver azul, de repente había aparecido una enorme masa de nubes, o más bien de humo, en forma de cumulonimbo. Destelló un anillo de luz parecido al halo de la luna cuando anuncia lluvia y el cielo se abrió como un arco iris. La masa de nubes blancas se extendía rápidamente hacia los lados al mismo tiempo que se arremolinaba, como engullida hacia el centro.

Inmediatamente después, por debajo de esa zona apareció una inmensa montaña de nubes, una enorme columna de llamas de color rojo brillante y una gran humareda, como si un volcán suspendido en el aire hubiese entrado en erupción. No sé cómo expresarlo. El indescriptible cumulonimbo hervía con furia, elevándose hacia lo alto. Subía rápidamente, y su volumen era tal que cubría casi todo el cielo. Poco después la parte superior se desparramó hacia los lados, tal como se descompone la nube de un chaparrón. Por encima de la primera masa de nubes se formó un hongo monstruoso del que descendía un pie muy ancho, parecido a un tornado. Las dos masas, una encima de otra, se convirtieron en una gigantesca columna de nubes que llegaba hasta el suelo. Se movía sin cesar y los colores cambiaban vertiginosamente; aquí y allá brillaban pequeños destellos.

Lo primero que pensé es que se parecía a una manifestación del monte Sumeru de la antigua cosmología india, que se alzaba a 84.000 yojanas del suelo.^[4] Evoqué en mi memoria los dibujos de ese monte que había visto alguna vez, pero no se trataba de lo mismo. Me imaginé la columna de nubes que vio Moisés en el Antiguo Testamento, pero tampoco coincidía. Las ideas y fantasías sencillas de los tiempos antiguos no servían para explicar esa nueva y repentina manifestación de la mitología del siglo xx: un escenario de nubes y luz que se desplegaba por todo el cielo.

Durante un tiempo me quedé atónito, *embelesado*. Pero en seguida me despertó la conciencia de «guerra». A toda prisa empecé a darle vueltas a cuanto sabía sobre bombardeos aéreos.

«Una baliza en pleno día no puede ser.»

«Ni una bomba incendiaria, ni una bomba normal.»

«En cualquier caso, no he visto ningún avión.»

«Entonces, ¿qué era esa luz? ¿Y esas nubes?»

«.....»

«¡El rayo de la muerte!»

Al topar con estas palabras, sentí una especie de descarga eléctrica desde la coronilla hasta la punta de los pies. Mi conocimiento sobre el «rayo de la muerte» se limitaba a esas cuatro palabras. Me embargó la angustia.

Miré mi reloj; justo pasaban las ocho y cuarto.

Fue entonces.

Oí un estruendo sordo pero muy fuerte, y al mismo tiempo una presión violenta me cortó de golpe la respiración. Era sin duda la onda expansiva de una bomba.

Me quedé inmóvil en el suelo. Creo que, además del estruendo y la onda expansiva, oí también el tremendo estrépito de los chasquidos, crujidos y estallidos de las casas al ser destruidas y volar por los aires puertas, ventanas y muebles. Me parece que también advertí gritos lastimeros. Pero es posible que todo esto se haya colado en mis recuerdos con posterioridad, o que sea producto de mi imaginación.

Sin embargo, con toda seguridad oí voces gritar «¿Qué es eso?», «¿Qué pasa?». Vi gente salir precipitadamente de sus casas a la calle. Me había levantado sin darme cuenta y estaba mirando a mi alrededor. En aquel momento no llegué a advertir casas destruidas ni incendios, solo veía gente que se había echado a la calle. Justo donde yo estaba, al pie del puente de Shin'ozu, una carretera conducía en línea

recta hasta la ciudad de Hiroshima. Como a ambos extremos del puente las casas estaban dispersas, pude distinguir a la gente que salía al exterior, como hormigas sacudidas de la rama de un árbol.

Empecé a pensar otra vez.

«Un estruendo y una onda expansiva.»

«Una ráfaga de luz y una humareda.»

A la velocidad del rayo me vinieron a la mente fragmentos de viejos recuerdos.

«¡La explosión de un polvorín!»

Eso es. Recordé las explosiones de Hirakata, en Osaka, y de Uji, en Tokio, aunque había olvidado cuántos años habían pasado desde entonces.

«¡La explosión de un polvorín!»

«Seguro que es eso.»

«Aunque ha sido en la zona del Patio Occidental de Armas.»

«¿La explosión de un polvorín allí?»

Pero yo no sabía absolutamente nada sobre los secretos militares. Según el sentido común, también podía pensarse que, por razones ocultas, se hubiera ubicado bajo tierra, justo en el centro de la ciudad.

Volví a mirar el «escenario de nubes». Mientras lo contemplaba, empecé a reflexionar desesperadamente sobre las historias que había oído de los desastres de Uji y Hirakata.

Entonces, cerca de mí, oí unas voces trastornadas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Dónde habrá sido?

Al darme la vuelta, vi a dos hombres de unos sesenta años y de estatura media, que debían ser campesinos de la zona.

—Supongo que habrá sido cerca del Patio Occidental de Armas.

—Así que por allí...

—¿Crees que ha sido una bomba?

—No...

Contuve mis palabras, pensando que no debía decir nada a la ligera. Como bien sabrás, en aquella época la suspicacia acerca de los «rumores infundados» en Hiroshima era extrema. Y seguramente no había más remedio. Después de la derrota, un oficial del ejército me explicó que si en aquellos días Hiroshima solo había sido atacada con dos o tres bombas aisladas, mientras que todas las principales ciudades del país habían sido bombardeadas a gran escala unas tras otra, era supuestamente porque se habían infiltrado muchos espías en la ciudad.

Pero aquellos hombres no me daban tregua con sus preguntas.

—¿Será algún tipo de arma nueva? —me inquirió uno de ellos.

—Creo que ha sido la explosión de un polvorín —respondí.

—Porque han tirado una bomba, ¿verdad? —volvió a inquirir.

Yo estaba convencido de que la explosión se debía a un error del ejército. No podía haber bombardeo sin un avión al menos.

—¿Dónde se habrá visto un bombardeo sin aviones? —respondí en tono irónico.

Para mi sorpresa, ambos exclamaron casi al unísono:

—Sí que han pasado aviones, desde allá y en esa dirección.

Los dos señalaban del este al oeste.

—¿Cuándo?

—Hace justo un momento; eran B29 —añadieron los dos.

Antes de que pudiese decir nada, uno de ellos dijo, señalando hacia el cielo, en el oeste:

—¡Eh, pero si son paracaídas!

Yo estaba perplejo por segunda vez consecutiva ante tal afirmación. Con un «¿cómo?» todavía en la boca, miré hacia donde señalaban.

Tenían razón: sin duda eran paracaídas; tres, para colmo. Flotaban ligeros, los tres en línea, algo inclinados, de un blanco nítido en el trozo de cielo azul que quedaba a la derecha del monstruoso hongo.

—Ajá... —admití sin darme cuenta. De repente habían conseguido que mi confianza en mí mismo se tambaleara. —¿Pero los aviones han caído? —les pregunté a mi vez.

Era poco habitual que los cañones antiaéreos acertaran el tiro; de todos modos, no había oído ningún disparo. Tampoco era posible que se hubiesen estrellado contra su objetivo, como los aviones japoneses. Entonces, ¿por qué se habían tirado en paracaídas?

Los dos hombres dijeron que los aviones no habían caído.

—¿Qué raro, verdad? —les dije.

—Nosotros los hemos visto, seguro. —insistieron.

Como una discusión no habría llevado a ninguna parte, y para empezar yo no entendía absolutamente nada, les espeté:

—Yo no soy soldado, así que no sé nada.

Sin embargo, no di mi brazo a torcer y añadí:

—Pero estoy seguro de que esas nubes y ese ruido han sido la explosión de un polvorín.

Sin oponer nada más, los dos hombres me dieron las gracias y empezaron a andar a paso rápido hacia Hiroshima.

Pero lo cierto es que había perdido toda confianza en la supuesta explosión de un polvorín. Volví a mirar al cielo ha-

cia el oeste. Los tres paracaídas todavía flotaban hacia el norte con toda tranquilidad, a una velocidad odiosamente lenta.

Empecé a pensar de nuevo.

«Al menos parece seguro que han pasado aviones que no eran japoneses. Igual han tenido alguna avería en el aire.»

«Las primeras luces y nubes blancas vendrían de la avería, los paracaídas deben de ser los tripulantes que escapan y la humareda que sube del suelo y la onda expansiva podrían deberse a la explosión de un polvorín por una bomba lanzada justo antes...»

«Así, de momento, encajan todas las piezas. Aunque me parece demasiada coincidencia. Pues entonces tiene que ser un arma nueva.»

«Sea como sea, la teoría de la explosión de un polvorín no funciona.»

Seguía aferrándome a la idea de la explosión de un polvorín; los prejuicios son realmente terribles.

Más adelante me di cuenta de que no era el único que «desvariaba» en aquel entonces, o más bien en aquel momento. Había bastante gente a favor de la teoría del «rayo de la muerte». Incluso hubo quien escuchó decir a un oficial de la marina que había sido un «torpedo aéreo». Versiones como la explosión de un polvorín, la explosión de un depósito de gas o el incendio de un almacén de combustible no solo eran frecuentes entre los profanos, sino también entre los expertos. Así que estaba bien acompañado. Al pensar en todo esto más adelante, vi que eran palos de ciego dados allí donde más valía no saber nada: al final resultó ser un arma nueva que ningún dios conocía.

Lo más absurdo fueron las especulaciones en torno a los paracaídas que habían derrumbado mi confianza. Todos los «disparates» que he mencionado más arriba se limitaron a

ese momento y ese lugar, y por lo tanto se disiparon en pocos días, mientras que el de los paracaídas se propagó como un hecho auténtico por todo Japón durante al menos una semana o diez días. Quizá sea mejor decir que se extendió por todo el mundo. Además, no solo llegó hasta mí personalmente, sino que se propagó como información pública; no como «rumor callejero», sino como «informe científico». Es decir, los japoneses habían especulado por su cuenta y habían puesto de relieve oficialmente el caos y la confusión de aquel día, así como la pobreza de su reflexión y observación científica.

La noticia de lo ocurrido salió en los periódicos dos días después, el 8 de agosto. Dicen que se emitió por la radio el 7, pero la situación en Hiroshima no era como para escuchar la radio. En la prensa se había utilizado la expresión «nuevo tipo de bomba». La primera vez que se emplearon oficialmente las palabras «bomba nuclear» fue, por lo que yo sé, el 15 de agosto, en la transmisión del discurso del primer ministro Suzuki, inmediatamente después del edicto imperial que anunciaba la rendición incondicional de Japón.

La cuestión estaba en la relación entre el «nuevo tipo de bomba» y los paracaídas. Creo que el primer lugar donde se dio a conocer fue en los periódicos del 8 de agosto. El artículo decía que el nuevo tipo de bomba que se había lanzado llevaba paracaídas y había explotado en el aire. En ese momento no pensé nada especial al respecto. En la protesta oficial del día 10 ante el gobierno norteamericano se utilizó la misma frase, diciéndose además que «la bomba en cuestión se había lanzado en paracaídas». Cuando leí en el periódico que el cuartel general de Defensa Antiaérea de Ōsaka indicaba, en las contramedidas que presentó el día 11, que esas bombas especiales llevaban paracaídas, y que por lo tanto, si alguien veía algo así, en seguida debía cobi-